

SAGA EL ALFABETO DEL CRIMEN



Q

de quién

Sue Grafton

SINOPSIS

Corre el verano de 1969, con sus furgonetas llenas de hippies, pantalones de campana, sexo, drogas y las manifestaciones criminológicas contaban con una tecnología bastante primitiva en comparación con los medios actuales. En una cantera próxima a la autopista, la policía encuentra el cadáver en estado de descomposición de una mujer, con las manos atadas, varias puñaladas y degollada.

En el curso de la investigación, los agentes encargados del caso ni siquiera logran averiguar quién era esa mujer, pues apenas hay pistas, y el crimen queda sin resolver. Dieciocho años después, y a punto de jubilarse, los dos policías que encontraron el cadáver quieren, al menos, identificar a la mujer. Piden ayuda a la detective *Kinsey Millhone*, pero volver al pasado entraña sus riesgos, y lo que comienza como una indagación en torno a la identidad del cadáver termina convirtiéndose en la peligrosa búsqueda del asesino.

«Resulta extraño leer un expediente antiguo;

es como leer una novela policíaca,

empezando por la última página...».

Kinsey Millhone

Sue Grafton

Q de quién

El alfabeto del crimen 17

Título original: *Q de quién (Q is for Quarry)*

Sue Grafton, 2003.

Traducción: Antonio Prometeo Moya

Diseño de portada: LaNane

Este libro está dedicado
a Bill Turner y Deborah Linden,
a Bob y Nancy Failing,
y a Susan y Gary Gulbransen.
Gracias a todos por haberlo hecho posible.

Agradecimientos

La autora desea dar las gracias a las siguientes personas por la inestimable ayuda que le han prestado: a Steven Humphrey; al doctor Robert Failing; al sargento retirado Bill Turner y al subjefe retirado Bruce Correll, ambos de la *División de Investigación Criminal*; al sargento Bob Spinner, de la unidad anatómico-forense, y a Diana Stetson, de la administración de prisiones y operaciones de vigilancia, ambos de la oficina del sheriff del condado de Santa Bárbara; al investigador retirado Larry Gillespie, del juzgado de instrucción del condado de Santa Bárbara; a la artista forense Betty Pat Gatliff; a John Mackall, abogado; a Lucy Thomas y Nadine Greenup, de la *Biblioteca Médica Reeves*, y a Anna Bissell, enfermera diplomada, especializada en oncología, del *Santa Barbara Cottage Hospital*; a Martin Walker, doctor en Medicina; Robert Sorg, de la *Bob's Canvas Shop*; a Chuck Nation, de *Nation's Auto Upholstery*; a Linda Perkins, de *DeBrovy's Custom Canvas*; a Richard Madison; a Anita Donohue; a Julian Ranch; a Lamar y Cheri Gable; a Jay Schmidt; a Maggie Harding y a Joe B. Jones.

Gracias también, muy especialmente, a Joe Mandel, a Gregory Spears y a Chris Kovach por permitirme utilizar sus nombres.

Capítulo 1

ERA un miércoles de mediados de abril y Santa Teresa se exhibía con todo descaro. El verde exuberante del invierno, con su plétora de buganvillas de color púrpura y salmón, había brotado de nuevo con un ostentoso muestrario de azafrán, jacintos y ciruelos en flor. El cielo era de un suave color azul; el aire, tibio y fragante. Múltiples violetas salpicaban la hierba. Yo ya estaba harta de pasarme los días metida en los registros municipales, buscando escrituras de propiedades y fincas embargadas por Hacienda para clientes que a aquellas horas estarían entregándose con toda despreocupación al tenis, el golf y otros pasatiempos improductivos.

Supongo que sufría de una variedad mutante de fiebre primaveral, posiblemente incurable, que consistía en aburrirse y en sentirse inquieta y desconectada de la humanidad en general. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada en Santa Teresa, ciudad de California situada a ciento cincuenta kilómetros al norte de Los Ángeles. Iba a cumplir treinta y siete años el 5 de mayo, para lo cual faltaban cuatro semanas, y es posible que saberlo contribuyera a mi malestar general. Llevo una vida completamente espartana, sin críos plantas que regar ni perritos que pasear.

El 15 de febrero, dos meses antes, me había mudado a otra oficina tras romper mis relaciones con el bufete Kingman & Ives. Lonnie Kingman había comprado un edificio en la parte baja de State Street y, aunque me había invitado a trasladarme con él, pensé que ya era hora de instalarme por mi cuenta.

Ése fue mi primer error.

El segundo consistió en tropezar, por desgracia, con dos caseros con quienes firmé un contrato que acabó siendo papel mojado y que me dejó en la calle.

Y el tercer error relacionado con la búsqueda de oficina acababa de cometerlo. Movida por la desesperación había alquilado un local en una construcción indescriptible de Caballería Lane, una calle flanqueada por una fila de bungalows^[1] idénticos, todos con la fachada blanca y alineados junto a la acera como los *Tres Cerditos*. La manzana (pequeña, estrecha y rodeada de coches) quedaba entre Santa Teresa Street y Arbor, una calle al norte de Via Madrina, en pleno centro de la ciudad. Aunque el precio estaba bien y la situación era excelente —a un corto paseo de los juzgados, de la policía y de la biblioteca pública—, la oficina en sí dejaba mucho que desear.

Disponía de dos habitaciones. La más grande la dediqué a despacho propiamente dicho; la más pequeña la venía utilizando como zona mixta, una combinación de biblioteca y vestíbulo. Además tenía una cocina estilo yate donde había dispuesto una pequeña nevera, la cafetera y un depósito de agua Sparkletts. También había un lavabo, pequeño y apestoso, con un inodoro y una pila que daban pena. El conjunto olía a moho y yo sospechaba que por la noche, cuando se apagaban las luces, se colaban diminutos animalitos que correteaban pegados a los rodapiés. Para compensarme, el propietario del edificio me había ofrecido multitud de latas de pintura a granel y yo me había pasado casi toda una semana dándole al rodillo y untando látex blanco encima del antiguo color rosa fuerte, un matiz que me recordaba a los órganos internos en plena función. El propietario había accedido igualmente a que limpiaran la moqueta, faltaría más. La espesa moqueta de pelo largo de nailon beis estaba aplastada por el uso y parecía llorar de desesperación. Coloqué de mil maneras el escritorio, la silla

giratoria, los archivadores, el sofá y mi colección de plantas artificiales. Pero nada conseguía eliminar el aire general de apatía que impregnaba el lugar. Tenía un montón de dinero ahorrado: veinticinco mil dólares, por si le interesa a alguien, así que en teoría habría podido aspirar a un inmueble mucho más elegante. Por otra parte, por trescientos cincuenta dólares al mes, el local era asequible y satisfacía uno de mis principios básicos en esta vida, que es no vivir nunca, nunca, nunca por encima de las propias posibilidades. No quiero verme obligada a aceptar más trabajo para pagar gastos extraordinarios. El despacho ha de estar a mi servicio, no al revés.

Como los bungalows que había a ambos lados del mío estaban vacíos, me sentía aislada, lo cual podría ser otra ambivalencia más en relación con mi soltería en un mundo de gente casada. Salvo dos breves experiencias matrimoniales que no funcionaron, he vivido sola la mayor parte de mi vida. Y nunca me ha molestado. Más aún, disfruto con mi libertad, mi movilidad y mi soledad. Aunque en los últimos tiempos las circunstancias se habían confabulado para trastornar mi complacencia habitual.

A principios de aquella semana me había encontrado con mi amiga Vera y su marido, el doctor Neil Hess. Yo había salido a correr a última hora de la tarde por el carril bici de la playa cuando los vi paseando a unos metros por delante de mí. Vera había trabajado igual que yo para la compañía de seguros *La Fidelidad de California*. Cuando Vera conoció a Neil, pensó que era demasiado bajito para ella y trató de endosármelo a mí. Yo supe al primer vistazo que estaban hechos el uno para el otro y, a pesar de sus protestas, la convencí de que era su media naranja, cosa que al final resultó ser cierta. Aquella tarde paseaban con su hijo de dieciocho meses, que iba en el cochecito, y con un sonriente perdiguero color miel que brincaba y retozaba tirando

de la correa. Era evidente que Vera —maciza, pesada, lechosa y serena— estaba esperando otro hijo y, a juzgar por la barriga, le faltaban pocos días. Nos paramos a charlar y entonces me di cuenta de que, en los tres años y medio que no nos veíamos, mi vida apenas había cambiado. La misma casa, el mismo coche, el mismo trabajo y el mismo novio absentista en una relación que no iba a ninguna parte. El descubrimiento se tradujo en un largo ataque de angustia.

Por aquellas fechas, mi querido Henry, el propietario de mi domicilio, estaba de crucero por el Caribe en compañía de sus hermanos y de su cuñada Rosie, que posee la casa de comidas que hay a media manzana de donde vivo. Mientras, yo había ido recogiendo su correspondencia y le había regado las plantas una vez por semana y el patio cada dos días. El local de Rosie seguiría cerrado otros cinco días, de modo que, hasta que volvieran, ni siquiera podía cenar en un entorno íntimo. Sé que todo esto parece cursi, pero estoy moralmente obligada a decir la verdad.

Aquel miércoles por la mañana llegué a la conclusión de que mi estado de ánimo mejoraría considerablemente si dejaba de compadecerme y ordenaba la nueva oficina. Con esa finalidad fui a una tienda de muebles de segunda mano y compré otros dos archivadores, un mueble vertical con casilleros y un aparador con estanterías pintado a la moda para colocar todos los artículos de oficina que se me habían acumulado. Estaba encaramada en un taburete alto y rodeada por cajas que no había abierto desde que me había mudado al bufete de Lonnie, hacía tres años y medio. Aquello se parecía un poco a Navidad, porque iba descubriendo objetos que ya ni me acordaba de que tenía.

Acababa de llegar al fondo de la caja número tres (de un total de ocho) cuando oí un golpe en la puerta.

¡Ya voy! —exclamé.

Cuando me di la vuelta, vi al teniente Con Dolan en el umbral, vestía gabardina de color tabaco y tenía las manos metidas en los bolsillos.

—Caramba, ¿qué le trae a usted por aquí? Hace meses que no nos vemos. —Me levanté y me limpié las manos en la culera de los vaqueros.

Le tendí la mano. Me la estrechó con fuerza y cordialidad y sonreía casi con timidez, se notaba que estaba tan contento de verme como yo de verlo a él.

—Me he encontrado con Lonnie en los juzgados y me ha dicho que habías alquilado esta casa, así que se me ha ocurrido pasar por aquí.

—Estupendo. Le agradezco la visita.

—Veo que te estás instalando.

—Ya era hora. Me cambié el quince de febrero y todavía no he hecho nada.

—He oído decir que ha habido un bajón en el trabajo.

—Lo hay, lo hay, al menos en la clase de encargos que a mí me gustan.

Dio una vuelta por la habitación. Parecía inquieto y trataba de ocultar el nerviosismo con un monótono chorro de comentarios banales. Habló con despreocupación de Lonnie, del tiempo y de mil cosas más, mientras yo le daba las respuestas que más indicadas me parecían. No se me ocurría el motivo de su visita, aunque supuse que hablaría de la cuestión en su debido momento. No era de los que

se presentan sin avisar. Lo conocía desde hacía diez años y durante casi todo aquel tiempo había sido jefe del grupo de homicidios de la policía de Santa Teresa. Estaba de baja por enfermedad, marginado por culpa de varios ataques al corazón. Había oído que tenía muchas ganas de volver a trabajar como antes. Según se rumoreaba, sus posibilidades rondaban entre pocas y ninguna.

Se detuvo a mirar el despacho de dentro, echó un vistazo al lavabo y completó el circuito acercándose a mí.

—Lonnie dijo que el sitio no te entusiasmaba y ahora entiendo por qué. Es deprimente.

—¿Verdad que sí? No acabo de explicármelo. Sé que falta algo, pero no sé qué.

—Faltan cuadros.

—¿Usted cree? —Recorrí con la mirada las paredes blancas y desnudas.

—Seguro. Consíguete unos pósteres grandes de alguna agencia de viajes y cinta adhesiva. Te alegrarán la habitación. Si falla, siempre puedes quitar el polvo a las plantas artificiales.

Andaba por los sesenta y tantos años y los problemas cardíacos le habían dejado en la cara un rictus de amargura. Sus habituales ojeras tenían un matiz más oscuro y todo su rostro parecía impregnado de melancolía. Por lo visto, contaba el tiempo que llevaba alejado del servicio afeitándose un día sí y otro no, y aquel día era no. En tiempos mejores, su cara había mostrado una propensión al abotargamiento, pero ahora su boca estaba curvada como si sintiera un descontento crónico. Precisamente lo que yo necesitaba.

Podría haber jurado que seguía fumando, porque la gabardina, cuando se movía, le olía a nicotina. La última vez que lo vi estaba en una cama del hospital. Fue una visita más bien torpe. Dolan me había intimidado siempre, por lo menos hasta aquel momento, porque jamás lo había visto enfundado en una bata de hospital, con una abertura posterior por la que se le veía el trasero. Desde entonces sentía mayor simpatía por él. Sabía que yo le caía bien a pesar de que sus modales siempre habían oscilado entre la hosquedad y la brusquedad.

—¿Ocurre algo? —pregunté—. No puedo creer que haya venido sólo para darme consejos sobre decoración.

—En realidad iba a comer y se me ocurrió que podíamos comer juntos, bueno, si estás libre.

Miré el reloj. Sólo eran las diez y veinticinco.

—Claro que sí —dije—. Recojo el bolso y la chaqueta y estoy con usted.

* * *

Optamos por ir andando. Llegamos a la esquina, doblamos a la derecha y tomamos Santa Teresa Street en dirección norte. Pensaba que acabaríamos en el *Del Mar* o en el *Arcade*, dos restaurantes a los que solían acudir los de la comisaría. Pero el caso es que recorrimos otras tres manzanas y finalmente entramos en un cuchitril llamado *Sneaky Pete's*, aunque el nombre que figuraba en la entrada decía otra cosa. El local estaba casi vacío: una pareja en una mesa y un puñado de bebedores diurnos sentados al otro extremo de la barra. Dolan ocupó un taburete en el extremo más cercano y yo tomé asiento a su izquierda. La camarera

dejó el cigarrillo en un cenicero, buscó una botella de Old Forrester y le sirvió un vaso antes de que abriera la boca. Dolan encendió un cigarrillo y advirtió mi expresión.

—¿Qué?

—Pues, verá usted, teniente Dolan. Me estaba preguntando si eso forma parte de su programa de recuperación cardíaca.

Se volvió hacia la camarera.

—Cree que no me cuido bien —le dijo.

La camarera le puso el vaso delante.

—A saber por qué se le habrá ocurrido.

Le eché cuarenta y tantos años. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido con peinetas de carey. Se le veían algunos mechones grises. No iba muy maquillada, pero parecía el tipo de persona en quien se podía confiar, en sentido hostelero.

—¿Qué te pongo?

—Tomaré una Coca-Cola.

Dolan me señaló con el pulgar.

—Kinsey Millhone. Es una investigadora privada de aquí. Vamos a comer.

—Tannie Ottweiler —se presentó la camarera—. Encantada de conocerte. —Nos estrechamos la mano, luego metió la suya debajo de la barra y sacó dos juegos de cubiertos, envueltos en sendas servilletas de papel, y los colocó sobre la barra—. ¿Os vais a quedar aquí sentados?